

## Cuando las niñas estrenan su adolescencia

### 1. *Cuándo deben empezar a ir al ginecólogo las niñas: por qué, con quién.*

(María Eugenia desde Alcoy)

Siempre que la niña presente síntomas de una pubertad precoz (acné, vello pubiano, desarrollo de senos...). Siempre que surjan señales corporales que la niña no pueda comprender. Porque no se trata sólo de diagnosticar lo que está pasando, sino de ayudarle a ella a comprenderse en su propio cuerpo. Es la gran ocasión para informarle adecuadamente so-

bre su propio cuerpo.

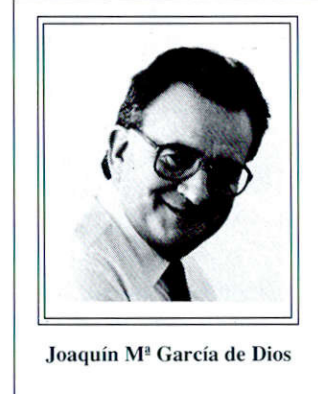
Para eso el ginecólogo debe tratarla adecuadamente: a poder ser sin que tenga que padecer la misma sala de espera que las adultas.

Si se trata de una niña demasiado pequeña, en compañía de la madre que le esté dando seguridad, que esté informando al médico sobre antecedentes hereditarios y otros detalles de la vida de la niña. Pero si ya se trata de una adolescente que está estrenando, aunque sea prematuramente, su adolescencia, entonces es mejor que la madre no esté presente. Para que la misma chica aporte sus propias respuestas a las preguntas del médico, y para que sus res-

puestas nunca sean suplantadas por las respuestas que va adelantando la madre. Por supuesto que si la niña prefiere que esté su madre, que esté. Pero darle a la adolescente, con toda naturalidad, la posibilidad de que no esté.

Es la gran ocasión para una buena información sobre el buen funcionamiento y la higiene genital y para adiestrarle en cómo caer en la cuenta de los síntomas y en su posible interpretación. Desmitificando las informaciones a medias y acentuando los aspectos que hay que prevenir, en estos tiempos más que nunca.

El clima, físico y psicológico, debe crearse con mucho cuidado. Intimidad, res-



Joaquín Mª García de Dios

peto al pudor, guarda del secreto... Muchos ginecólogos lo hacen con una gran finura: y en no pocos casos la habilidad de las enfermeras juega un papel insustituible.

### 2. *Soy yo quien me retraigo al querer darle muestras de cariño a mi hija adolescente: era más fácil mimarla en mis rodillas cuando era más pequeña.*

(Rodrigo desde Aranjuez).

El desarrollo de la femineidad adolescente crea, no pocas veces, unas dificultades en la relación padre-hija que nunca se habían producido mientras la hija era una niña. A veces

se produce como un distanciamiento que, no pocas veces, se vive con dolor secreto y, casi siempre, cada uno culpa al otro de esa experiencia de extraña separación.

Lo expresas muy bien al acudir a los símbolos: cuando a la hija la sigue apeteciendo estar en las rodillas de su papá, y el papá no tiene en sus rodillas a la misma niña, no digo de los años anteriores, sino de las semanas anteriores.

Es el silencio sobre los sentimientos lo que hace que se desencadenen todo tipo de fantasías, amarguras, incomprensiones, silencios, fugas y desapariciones, actitudes de rechazo, discusiones y conflictos provocados... Y, no pocas veces, el lamentar la hija el haberse hecho mayor y te-

ner que convivir con el sentimiento de crecer inexorablemente cuando ella hubiera preferido ser pequeña y no padecer todas estas experiencias incomprensibles.

Toda reacción, por absurda que sea, puede darse en este contexto: desde engordar para fastidiar, hasta novelar una vida extrafamiliar entregada a la seducción de otros chicos, hasta asustar con presuntos intentos de violación...

Yo sólo encuentro un camino a seguir: aclararte tú contigo mismo e instituir un proceso de comunicación en un contexto de ayudarle a clarificarse y a clarificar la situación, desdramatizándola poquito a poquito e inventando ese nuevo estilo de relaciones padre-hija en las que, el principal objetivo

sea ir aplaudiendo el crecimiento de la persona que es la hija, la serenidad y aplauso ante el desarrollo físico de la propia hija y disipando cualquier sospecha de que está existiendo un problema de erotización de la relación. Pero si el padre no se apresura a disipar esta sospecha, algunas veces a la hija le atormenta lo que no existe, pero que le surge como hipótesis cuando alguien no le aporta una explicación más plausible. Y el silencio nunca explica nada.

En no pocos casos la madre funciona como ese catalizador genial que da las palabras oportunas, crea los climas distendidos y da naturalidad a esa experiencia inevitable en la familia nuestra de cada día.